



VII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN BRINDIS.

Nos reyes se van... cierto... así lo anuncian todas las señales. Y bien: no hay que afligirse, porque, del mal el menos, nos dejan sus comitivas. Quiero decir, que los cortesanos no abandonan las cortes. ¿Habéis visto alguna vez ponerse el sol? Es probable, si no sois ciegos. Pues bien: habréis visto sus reflejos en las nubes y en el aire mucho tiempo después de haber desaparecido debajo del horizonte.

La corte viene á ser un crepúsculo, el doble crepúsculo del astro que se pone y del astro que nace. Consolémonos, porque, sean las que quieran las vicisitudes que se oculten en lo por venir, Madrid será siempre la corte, esto es, el centro de la vida, del poder, del lujo y de la

alegría.... Es el salto de Leucades si se atiende á que allí todo se olvida. El placer se multiplica en mil formas diversas, y nos lleva y nos trae, nos sube y nos baja á qué quieres boca. Aquello es coser y cantar, y arre que es tarde; falta textualmente tiempo para ser dichoso. Habrá sus miserias, sus dolores.... ¡Phs!.... es posible, porque no ha de ser todo picos de rollo; pero no se ven, y á los ciegos la luz les importa lo que la carabina de Ambrosio. Vamos, Madrid es otro mundo.

Á Madrid fué á parar el primo Guillén con sus cinco millones de capital y sus quince mil duros de renta, y, preciso es decirlo, cayó de pie; y ¡qué demonio!; no era tan ingrato que no se encontrara allí como el pez en el agua. ¡Ya se ve! Empezó á escupir por el colmillo, y todo el mundo lo recibía con los brazos abiertos. Él mismo no comprendía cómo había podido vivir treinta y cinco años fuera de Madrid. Se hallaba instalado en una casa lujosamente amueblada, tenía su lacayo con librea siempre en el recibimiento, y el coche esperando en la puerta. Su cocinero era una alhaja, porque el triste heredero de la infortunada viuda daba almuerzos y comidas á sus numerosos amigos.

¡Triste!.... ¡Bah! No tanto; aquellos ojos miraban ya de otra manera; aquella boca se sonreía á dos menos tres, y la línea tenaz que mar-

caba su frente empezaba á borrarle como una tempestad que se disipa. Poco á poco se le había ido cayendo el pelo de la dehesa, y si su propia madre hubiera levantado la cabeza del sepulcro, no lo habría conocido.

Pronto se familiarizó con todas las encantadoras disipaciones que el siglo ofrece, y su gusto se refinó; sobre todo, su paladar se hizo exquisito.... Los buenos vinos formaban el lujo principal de su mesa: hacía beber á sus amigos, mas él se contenía siempre dentro de una templanza casi virtuosa.

Empezaba á ser visible en la alta sociedad; su nombre se oía sin extrañeza, pronunciándose á menudo en los salones. Se le llamaba sencillamente Guillén, como si fuese el único Guillén del mundo; y, Guillén arriba, Guillén abajo, entró en el número de esas gentes que se encuentran en todas partes, y que los periódicos, al reseñar los pormenores de toda fiesta, designan con el nombre de concurrencia escogida. Y, en honor de la verdad, Guillén había adquirido muy buenos modales; pronunciaba muchas palabras en francés, y estaba siempre al corriente de todas las novedades del día.

Entre los amigos que más frecuentaban su trato, prefería á tres: un Barón risueño, robusto y rubicundo, que todo lo veía de color de rosa; un Coronel cetrino y bilioso, que todo lo encon-

traba fusilable, y Guillermo, hombre de mundo, fino y flexible, que lo mismo le daba por lo que iba que por lo que venía.

Los cuatro camaradas se entendían perfectamente, y la mesa de Guillén los reunía dos veces á la semana. Ahora precisamente están de sobremesa, hablando por los codos y revolviendo el mundo, como si el mundo no estuviese ya por sí mismo bastante revuelto. Rodando la conversación, había venido á parar á un caso muy corriente en nuestra historia contemporánea. Se trataba de un pronunciamiento, militar por supuesto, en el que el Coronel no había tomado parte, y el Barón lo ponía en los cuernos de la luna, llamándole hecho glorioso.

— ¡Crimen!... (replicó el Coronel.) ¡Ah! Yo hubiera fusilado hasta las ratas.

La palabra *crimen* nubló la frente de Guillén, haciendo aparecer la línea fatal de su entrecejo.

— Crimen ó hecho glorioso (dijo Guillermo), ¿qué más da? Puntos de vista.

— El crimen (insistió el Coronel) es siempre crimen. Si las víctimas inmoladas á la ambición salieran del sepulcro...

— ¡Diablo! (exclamó el Barón.) Aunque algo lúgubre, eso sería encantador, y es lástima que vivamos privados de la emoción de ese espectáculo. A lo menos, no sería fácil negarle el en-

canto de la novedad. ¿Qué tal, Guillermo? ¿Que le parecen á V. las víctimas saliendo del sepulcro?...

— ¡Phs! (contestó el hombre de mundo.) No he sido nunca víctima... y, por lo tanto, no tengo grande interés en que los muertos abandonen sus sepulturas. Esto no quiere decir que, si convenimos en que sería un bello espectáculo, me oponga á que los sepulcros se abran y empiecen á salir las víctimas.

Contradecir al Coronel era tanto como ponerlo en el disparadero; equivalía á empujarle por la pendiente de los mayores desatinos. Así es que miró militarmente á entrambos interlocutores, como si se dispusiera á tomarlos por asalto, y dijo:

— Vds. se burlan de mis palabras. La idea de los muertos saliendo de sus sepulcros pidiendo justicia les hace gracia. Pues bien: ¿qué dirían Vds. si salieran?

Á un mismo tiempo Guillermo y el Barón arquearon las cejas y se encogieron de hombros. El primero añadió:

— Entonces, diríamos que los muertos viven.

— ¡Pues viven! — dijo el Coronel, dando una gran palmada sobre la mesa.

Ya estaba en el disparadero.

— ¿Viven?.... — preguntó Guillén con ojos espantados.

—Sin duda (contestó el Barón). Á lo que se ve, morir no es más que quedar de reemplazo: situación no muy lisonjera; pero al fin en actitud de volver al servicio activo.

—Es evidente (añadió Guillermo). Sobre todo, si los muertos son electores; en cuyo caso dejan muy frescamente el cementerio y acuden á votar al candidato del gobierno; después se vuelven paso entre paso á sus respectivas sepulturas, y pueden decir, aunque sean jóvenes, que han echado una cana al aire.

Levantó el Coronel el puño sobre la mesa, pero el rayo se detuvo en el aire, porque allá en los rincones de su entendimiento, no muy claro, asomó la cabeza una idea en él extraordinaria, y que al pronto le pareció prodigiosa. Realmente no le importaba gran cosa que los muertos cerrasen ó no los ojos para siempre, y jamás se había metido en esas averiguaciones; pero ante la burla de sus amigos, la cosa era clara como la luz del día.

—Asesinad (dijo) á un hombre, y que lo entierren.... ¿Creeréis que ha muerto?....

—Á lo menos (advirtió Guillermo), habrá que suponerlo.

—Pues haceos cuenta de que lo han enterrado vivo, y que saldrá de su sepultura para seguirnos por todas partes.... En los estremecimientos de la agonía lo veréis siempre delante de vuestros

ojos, con el puñal clavado en el corazón; irá donde vayáis, estará donde miréis. Vosotros sois sus asesinos, y sólo para vosotros no ha muerto.

—¡Bravo! —exclamaron á la vez el Barón y el hombre de mundo.

Guillén se levantó para aplaudir; pero el aplauso no sonó en sus manos.

—Eso (dijo el Barón) es cargarnos á la bayoneta. Y es triste cosa que sea indispensable el asesinato para ver á un muerto andar por el mundo, como si solo los asesinos tuviesen ojos en la cara.

—No nos va mal (advirtió Guillermo) sin esos espectáculos sepulcrales; mas no debemos ser egoistas, y estoy dispuesto, por mi parte, á ser espectador, si el caso se presenta.

—Muy bien (dijo el Barón). Acabamos de hacer por la vida, y estamos hablando de la muerte. Estas dos ideas parecen inseparables, unámoslas con el vínculo de un brindis.

El Barón se puso en pie, levantando su copa á la altura del rostro. Guillermo y el Coronel hicieron lo mismo; pero el primo Guillén permaneció sentado.

—¿V. no brinda? —le preguntó el hombre de mundo.

—¿Á qué? —dijo, poniéndose de pie y tomando su copa.

— Ahora veremos (le contestó el Coronel). El Barón es el encargado de pronunciar el brindis.

— Brindo (exclamó éste), en primer lugar, por la salud de todos los muertos. Brindo, además, porque todo cadáver que tenga alguna queja pendiente en este mundo, venga á pedir justicia y se haga visible á los ojos de todos.

Las copas del Barón, de Guillermo y del Coronel chocaron entre sí, y tuvieron que ir á buscar la de Guillén para chocar también con ella. Después los cuatro amigos bebieron.

En aquel momento la luz del gas que iluminaba el comedor se apagó un instante, reapareciendo de nuevo, después de un segundo de oscuridad.

— ¡Magnífico! (exclamó el Barón.) Nuestro brindis ha resonado en el otro mundo, y la eternidad nos contesta. Naturalmente: hemos brindado con un *anisete de Burdeos* capaz de resucitar á un muerto.

Al pronunciar el Barón su última palabra, el timbre del reloj sonó tristemente, dando las once. Guillén siguió con oído atento las notas lúgubres y graves del timbre, y con voz apagada, y como si hablara consigo mismo, dijo:

— ¡Las once!....

Por el modo de pronunciar esa palabra, creyeron sus amigos que era la hora de una cita ó la hora de un recuerdo; y como para el Barón era

la hora del Casino, para el Coronel la hora del café y para Guillermo la hora de los salones, los tres salieron del comedor alegres y animados: la comida había sido opípara, y la conversación muy divertida.

El primo Guillén se encontró solo, y se resregó los párpados, como si tuviese telarañas en los ojos. Encendió una bujía, y salió del comedor, dirigiéndose á su cuarto. Sus pies se hundían en lo mullido de las alfombras, y su paso parecía vacilante. La luz que llevaba en la mano iba rompiendo la oscuridad de las habitaciones que atravesaba. Sombras confusas flotaban delante de sus ojos, como si quisieran cerrarle el paso; mas al acercarse huían, se deslizaban por las paredes, yendo á esconderse en los anchos pliegues de los cortinajes, detrás de los cuadros y en el fondo de los espejos. Al llegar á la puerta de su dormitorio, se detuvo, haciendo ademán de retroceder.... Su cabeza estaba, por lo visto, llena de visiones. El platillo de la bujía que llevaba en la mano, reflejándose sobre la alfombra, proyectó un círculo oscuro y profundo; creyó que iba á precipitarse en el fondo de un abismo, y se agarró al quicio de la puerta.

Entró en el dormitorio, y un relámpago de color de sangre deslumbró sus ojos, obligándole á cerrar los párpados.... ¡Qué capricho!.... El tapiz de las paredes, la seda de los cortinajes y el

rico damasco que cubría la cama, eran encarnados, y la luz, al reflejarse en ellos, producía aquella claridad ensangrentada.

Se acostó, mas no pudo dormirse, porque en aquel lecho blando, rico y perfumado, no estaba el sueño que buscaba.



VIII.

LA MUERTE.

UÉ contrastes tiene la vida! Acabamos de dejar al heredero de la viuda Guillén revolcándose en su fastuoso lecho, sin poder conseguir las dulzuras del sueño, después de una mesa espléndida y de una conversación, original si se quiere, lúgubre, sepulcral, pero sumamente divertida, y ahora, á las pocas noches del banquete, del brindis y del insomnio, lo encontramos en medio de la brillantez del mundo, formando parte de la escogida concurrencia de un teatro, en el que, por un cambio natural de las cosas, la verdadera comedia se ejecuta entre los espectadores; porque, es inevitable, el principal actor de todo espectáculo teatral es el público.

Si es permitido llamar todavía joven á un hombre que ha cumplido treinta y cinco años,

y pobre al que posee quince mil duros de renta, nos permitiremos exclamar: «¡Pobre joven; no pudo dormir en toda la noche!...» Y si esta consideración lastimosa nos aflige, podemos consolarlos, porque al fin vive bien, tiene amigos, frecuenta la buena sociedad, anda en coche y asiste á los teatros.

Eso sí; el brillo de sus ojos aparece un tanto empañado....; sus miradas son algo recelosas....; hay en su boca contracciones que se pueden tomar por sonrisas; la arruga del entrecejo se marca en su frente con bastante insistencia. Bueno, ¿y qué?... Cada uno tiene sus disgustos y sus inquietudes; no es cosa de estar siempre alegre como unas castañuelas. ¿Hay algo en el mundo más vulgar, más ramplón que una cara de pascua?... Mucho dinero.... sí, señor.... ¿por qué negarlo?; mas los ojos serenos, las miradas tranquilas, las sonrisas ingenuas y las frentes tersas, no se alquilan. La felicidad, que es una flor,—ella misma lo dice,—tiene también sus espinas.

Importa poco que sus disgustos ó sus inquietudes los dejara en el rincón escondido de su casa, ó los llevara en el rincón oculto de su pensamiento. El caso es que estaba allí como una buena alhaja en su estuche, como uno de tantos, saboreando el placer de la concurrencia. Nadie le había de preguntar si era feliz ó desgraciado.... porque el mundo del placer no se mete nunca

en esas honduras; su curiosidad no pasa del palco ó de la butaca, del frac y del coche.

Allí estaba, en efecto, hablando con los amigos, sonriendo con ésta ó con aquélla, saludando aquí y allá, sondeando, digámoslo así, el concurso con sus gemelos de concha.... Era una noche en que los actores de la escena que está al otro lado del telón hacían esfuerzos heroicos por despertar el entusiasmo del público; pero en esta noche no corría el humor de los aplausos. Algunas palmadas solitarias solían resonar en las galerías, más se apagaban lo mismo que antorchas que se sumergen en el agua. El público era numeroso, pero frío; sólo se animaba en los entreactos, en ese momento en que la concurrencia de los palcos y de las butacas se recrea en sí misma.

Por allí andaban el Barón, Guillermo y el Coronel. El primero en sus glorias hallándolo todo encantador; el segundo, risueño, dispuesto á aplaudir si se aplaudía, y á silbar si se silbaba; el tercero, en fin, desesperado, furioso contra la empresa, fusilando sin misericordia.

Guillén, de pie delante de su butaca, aprovechaba el estruendo, hojeando con miradas distraídas aquel libro desencuadrado de cabezas humanas. Sus ojos, hasta entonces indiferentes, fueron á fijarse á corta distancia, y allí permanecieron absortos y como atraídos por una fuerza

irresistible. La arruga de su frente se hizo más profunda y el fruncimiento de su boca más duro. Cualquiera diría que un espectro acababa de aparecer delante de sus ojos. ¿Qué veía? ¡Ah!.... La cosa más natural del mundo. Una cabeza de mujer reclinada sobre el respaldo de la butaca. Tenía los párpados caídos, y la sombra de las pestañas, negras como el azabache, hacía más grande el hueco de los ojos; se distinguían sus manos sin guantes cruzadas sobre el pecho. Estaba dormida....; dormida ó muerta, porque la palidez de su rostro era cadavérica, y sus labios, entreabiertos y descoloridos, parecía que acababan de exhalar el último aliento de la vida, y el color rojo de la butaca hacía creer que flotaba en un mar de sangre.

Guillén tuvo que hacer un esfuerzo para no caer, pues sintió una especie de vértigo, como si su cabeza diera vueltas sobre su cuello, y aquel semblante inmóvil girase alrededor de su cabeza.... El terror que experimentaba le hacía sentir un frío mortal; no el frío que hiela la piel, sino el frío que hiela los huesos, porque el rostro de la mujer muerta ó dormida.... era el rostro de Rosalía; en él se hallaban todas sus facciones, y habría sido imposible no reconocerla.

En medio de tan numerosa concurrencia, el primo Guillén se encontraba solo frente á frente de su prima asesinada. Las cabezas de la multi-

tud, que en torno suyo se movían, formaban á su alrededor una danza fúnebre de movimientos, de gestos, de contorsiones, confusión fantástica de cabezas que se agitaban en continuo oleaje; el murmullo de tantas voces reunidas llegaba á sus oídos como el rumor de un trueno subterráneo, y la luz brillaba y se oscurecía en relámpagos incesantes. El mundo había perdido de pronto toda su realidad, y Guillén no veía más que fantasmas. Solamente aquel rostro conservaba su terrible semejanza.

¿Cuánto tiempo estuvo bajo el poder de estas visiones?... No se sabe, porque hay momentos pavorosos en que el tiempo no tiene medida.... El peso de una mano que se apoyó en su hombro le hizo salir del abismo en que había caído. Volvió bruscamente la cabeza, y se encontró con la sonrisa del Barón, el cual, acercándose á su oído, le dijo:

— ¡Bravo!.... ¿Se coquetea, eh?... ¡Soberbio!.... ¡Ah!.... Siento haberle interrumpido.

Guillén asió el brazo del Barón, preguntándole:

— V. conoce á todo el mundo.... ¿Quién es aquella mujer?

— ¿Aquella? (le contestó.) ¡Bah!.... En vida no sé quién sería. Ahora me parece sencillamente una muerta.... ¿Tenemos entre manos un amor póstumo? Bien. La aventura no deja de tener

novedad.... Adelante.... adelante, porque la difunta es todavía bastante hermosa.

Dicho esto, dió media vuelta, y se fué riendo á carcajadas.

Después del Barón pasó por allí Guillermo, y Guillén lo atrajo hacia sí, preguntándole:

—¿Conoce V. á aquella mujer?....

—No (contestó); ó más bien, sí: ¿quién es?....

Una mujer, y no hay más que averiguar, porque todas son iguales. No profeso particular predilección á ningún tipo determinado, mas reconozco el mérito de la que tenemos á la vista; es una mora del tiempo de Boabdil; tiene el sello de la raza en todas sus facciones; debajo de esos párpados deben ocultarse unos ojos magníficos....; el dibujo de la boca es inequívoco.... No aseguraré que tiene sangre en las venas, porque su palidez es cadavérica; no obstante, si alguna vez la ha tenido, ha debido ser sangre árabe. Parece que está únicamente dormida, y si V. consigue despertarla, podrá decir que la ha hecho salir del sepulcro....

Habló así, sonriendo con afable cortesía, á tiempo que una corriente de espectadores se lo llevó, lo mismo que una ola se lleva una pluma. La misma oleada que se llevó á Guillermo, empujó al Coronel hacia el sitio en que Guillén se hallaba. Éste lo cogió del brazo, y oprimiéndolo convulsivamente, exclamó:

—¡Coronel!....

—¡Oh amigo mío!—le contestó, con la misma dulzura con que hubiese dado la voz de fuego en un día de batalla.

—Quisiera.... —añadió Guillén.

—Comprendido (dijo cortándole la palabra). Ese entrecejo amenazador, esa palidez colérica, esa boca airada, me lo dicen todo. Casualmente me coge V. en un momento en que aplastaría al mundo de una sola puñada.

Y tirándose violentamente de sus largos y encrespados bigotes, rechinó los dientes, añadiendo:

—¡Calma!.... Vamos con calma. Ante todo, acepto el encargo. ¿Á quién he de dirigirme?....

—¡Á quién!—exclamó Guillén sorprendido.

—Eso es (insistió). Y desde ahora le aseguro que, si yo intervengo en el asunto, ha de ser á muerte.

—¡Á muerte!—volvió á exclamar Guillén.

—¿No? (preguntó el Coronel.) ¿Le aterra á V. la idea de atravesar de una estocada el pecho del adversario?.... Vamos á ver: ¿V. no ha matado nunca á nadie?....

—¡Yo!....—dijo Guillén, abriendo espantosamente los ojos.

—¿Entonces de qué se trata?.... ¿De un encuentro á primera sangre?....

—¡Sangre!.... (murmuró Guillén.) ¡Siempre sangre!....

Miró el Coronel atentamente á su amigo. ¿Qué significaba aquella exclamación?... Porque, suponiendo su perspicacia que Guillén sólo podría necesitarlo para intervenir en un lance de honor, no comprendía el terror que se dibujaba en la palidez de su semblante.... «¡Sangre!... ¡Siempre sangre!...» ¿Qué quería decir esto? ¿Era tan cobarde que temblaba ante la idea de un rasguño? ¿Ó era un hombre feroz, cansado ya de matar gente?...

Después de un momento de reflexión, se encogió de hombros, diciendo:

— No nos entendemos.

Guillén se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de ella la nube que la oscurecía.

La muerta, si puedo decirlo así, no estaba completamente muerta, ó, por lo menos, al dejar el sepulcro debió encontrar á la mano un soplo de la vida mortal que nos anima en nuestro paso por la tierra.

No poseía ciertamente la ubicuidad necesaria para ver al través de los párpados, y, aunque con solemne lentitud, abrió los ojos, lanzando sobre el primo Guillén una mirada dura, tenaz y profunda.

Por un impulso involuntario de todo su ser, el heredero de la viuda asesinada retrocedió ante aquellas pupilas, fijas en él, como si quisieran detenerlo y sujetarlo. No era esta la única señal de

vida que notaba, porque advertía en los labios de la muerta ligeras contracciones; parecían prontos á exhalar un grito, y al mismo tiempo parecían empeñados en contenerlo.

Guillén siguió retrocediendo, sin apartar los ojos del semblante de la difunta, que lo seguía con su mirada fija y terrible....

Huía el primo de la viuda, poseído de un terror indecible, y buscó un refugio entre la concurrencia que se arremolinaba en el pasillo abierto entre las butacas.

Este torbellino humano, en el cual hubiera querido sumergirse, lo empujó hasta arrojarlo fuera del teatro.... Parecía que el mundo quería interponerse y sustraerlo á la acción de aquella mirada que helaba su sangre; pero el poder del mundo era esta vez inútil, porque el semblante de la muerta parecía estampado en los ojos desencajados del primo Guillén, y la veía por todas partes.





IX.

AVENTURA PÓSTUMA.

NDUDABLEMENTE la viuda del americano había sido asesinada; el proceso incoado en averiguación del terrible suceso daba patente testimonio del caso: todo el pueblo había asistido al entierro de la víctima, y no había vecino que no hubiese visto por sus propios ojos el cadáver de Rosalía; tenemos, pues, acerca de su muerte, completa evidencia.

Por lo que hace á Guillén, poseía en todo el rigor de la palabra datos más positivos; poseía ¡friolera! por herencia legítima, á todas pasadas, los bienes de su prima, duro sobre duro.... Se encontraba dueño de rentas muy respetables, y su vida de príncipe le atestiguaba á cada instante la muerte de su prima. Tampoco, pues,

podía dudar que la ilustre descendiente de los Guillenes estaba pudriendo tierra.

Ahora bien: nosotros, por estupendo que sea el caso que se nos presenta, somos bastante preocupados para creer que la misma Rosalía en persona ha vuelto á la vida.... ¡Bah!.... Los muertos no resucitan, y, en todo caso, ¿habría dejado la paz del sepulcro, sólo por el capricho de sorprender al primo con su presencia en medio del fausto del mundo? Y si era ella.... si podía probar la identidad de su persona y la realidad de su vida, ¿cómo no había reclamado ya la posesión de unos bienes de cuyo dominio había sido arrancada por la mano alevosa de un asesino?....

Estas razones, verdaderamente de cajón, son bastantes para tranquilizar las inquietudes de nuestra incredulidad; Guillén, tan incrédulo como nosotros, en otra ocasión cualquiera se hubiese reído á carcajada tendida de la estupenda aparición de su prima; pero en el presente caso se reunían tan fantásticas circunstancias, le tocaba el asunto tan de cerca, que su espíritu, lleno de todas las incredulidades del día, se hallaba, sin embargo, poseído de horribles confusiones.

La semejanza entre la muerta y Rosalía no formaba un suceso tan extraordinario que pudiera causar tan honda impresión en el ánimo de

Guillén.... Dos mujeres que se parecen no es ciertamente cosa nunca vista. La naturaleza, tan propensa á la variedad, suele repetirse, y alguna vez se copia.... Además, entre todos los seres de la creación, las mujeres son las que más se parecen entre sí, ó, mejor dicho, las que menos se diferencian.

Perfectamente.... La mera semejanza no hubiera causado en Guillén más que una emoción momentánea, la impresión de un recuerdo doloroso.... porque, al fin y al cabo, no podía ser insensible al desastroso fin de su prima, sobre todo cuando á su inesperada muerte le debía la opulencia en que se hallaba.

Pero la semejanza que acababa de herir sus ojos era demasiado fuerte; no consistía en algunos rasgos análogos, en cierta conformidad de pormenores que hacen á primera vista confundir una persona con otra. No era su recuerdo, su sombra, su imagen.... era Rosalía misma. Á lo menos, Guillén la reconocía en todos sus detalles, no encontraba en ella nada que no atestiguará la identidad de su persona; cuanto más la miraba, más auténtica le parecía aquella maravillosa semejanza....

Tal vez si la hubiese visto, digámoslo así, viva, participando de la animación de la concurrencia, saludando á unos, sonriendo á otros, asestando los gemelos en todas direcciones, el

primo Guillén no habría reparado en ello porque la alegría de la vida, ¿en qué puede asemejarse á la tristeza de la muerte?... Pero en aquella palidez sepulcral, en aquella inmovilidad cada-
vérica... se destacaban tan fielmente las facciones de Rosalía... que Guillén sintió estamparse en su alma la imagen de su prima.

Y bien... ¿Qué hacía aquel cadáver en medio de aquella fiesta? Una mujer viva es capaz de todo... Bueno; convengamos en ello; pero una mujer muerta y enterrada, ¿cómo puede abandonar la sepultura para ir á ocupar la butaca de un teatro?... Y cualquiera que fuese el espíritu que animara aquellos restos mortales, ¿acaso estaba allí?... ¿qué parte tomaba en la fiesta?... ¿qué objeto tenía allí su fúnebre presencia?... No sería ciertamente el empeño póstumo de lucir su *toilette*, porque la difunta, envuelta en una especie de túnica negra, más parecía amortajada que vestida... ¿Qué más? Sobre el fondo oscuro de sus rizos mal recogidos alrededor de la cabeza, asomaban los botones amarillos de algunas siemprevivas: esas flores de los sepulcros componían todo el adorno de su prendido.

Así reflexionaba el primo Guillén, repasando uno por uno todos los detalles de aquella fantástica semejanza, y su pensamiento, lleno de pavorosas visiones, se agitaba, dando vueltas en su imaginación como un torbellino. La razón que-

ría levantarse é iluminar las confusiones de su espíritu; pero la imagen de Rosalía se alzaba á su vez, cubriendo de sombras sus pensamientos.

Se hallaba solo en uno de los salones de descanso, porque, terminado el entreacto, los espectadores habían vuelto á ocupar sus asientos, y allí gesticulaba y hablaba en alta voz, como si de este modo diera más fuerza á sus razones.

— No puede ser (decía); yo soy un insensato; los muertos no resucitan, no han resucitado nunca, no pueden resucitar... ¿Soy acaso un niño á quien se le puede asustar con cuentos de apariciones?... ¡Quién cree ya en esas vejeces de la ignorancia!... ¡Demonio!... La cosa es peregrina... ¡Rosalía saliendo del sepulcro para asistir á una función de teatro!... ¡Qué desatino! ¿Y cómo se me ha metido á mí esto en la cabeza?

Aquí hubiera querido reirse de sí mismo; pero sus ojos implacables le presentaban la fúnebre imagen de su prima, y la risa se helaba en sus labios.

— Bueno (continuaba diciendo): es... ¿Y qué?... Habría hecho un viaje inútil; porque ¿quién había de creer que era ella? Sería curioso que los muertos vinieran á comulgar á los vivos con ruedas de molino.

Quería animarse así con la burla de sus palabras.

—Y en resumen (añadió): ¿quién la ha llamado?...

En vez de contestar á esta pregunta, se mordió la lengua, porque surgió del fondo de su memoria un nuevo espectro: el recuerdo del brindis.

Entonces se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de sus ojos la nube que oscurecía su entendimiento....

El incrédulo es un ciego que anda á tientas, y, como no ve nada, en todo tropieza.

Sin embargo, el primo Guillén no podía creer en la estrambótica aparición de Rosalía; pero la imagen de la muerta se había apoderado de sus ojos, y era dueña de su pensamiento. Todos los esfuerzos de su razón incrédula eran inútiles, porque no podían arrancar del fondo de su alma aquella sombra que lo perseguía.

Haciendo un esfuerzo supremo, apretó los puños, rechinó los dientes, y se dijo á sí mismo:

—¡Imbécil!.... ¿Crees que pueden resucitar los muertos?

Luego reflexionó un momento, añadiendo:

—¡Y quién es esa mujer!.... ¡Bah!.... Es preciso saberlo.... Después de todo, muerta ó viva, aún es jóven y bastante hermosa.... Una aventura póstuma.... ¡Oh! ¡esto es sublime!.... Vamos; la cosa va á ser divertida....

Dijo estas palabras con voz sorda, como si no se atreviera á pronunciarlas, y con la violencia

del que intenta ocultarse á sí mismo el terror que lo domina, como el que cierra los ojos para no ver el abismo á que va á precipitarse, el primo Guillén se lanzó á la puerta del salón, y recorrió con ímpetu la cortina que la cubría; los anillos que sujetaban el pesado cortinaje crujieron en los oídos de Guillén como huesos humanos que se chocan, y el hueco de la puerta se dibujó ante sus ojos como un sepulcro abierto....

Sin poder contenerse, retrocedió algunos pasos... y vió aparecer en el quicio de la puerta una sombra informe, que se adelantó como empujada por el aire. De pronto tomó aquella oscuridad las formas de una figura humana, y Guillén, atónito, mudo y aterrado, se encontró frente á frente de la muerta.

Era ella, envuelta en su túnica negra, flotando sobre sus hombros rígidos fúnebres crespones, con su corona de siemprevivas y su palidez cadavérica.... Guillén quiso exhalar un grito, que se ahogó en su garganta; un sudor frío inundó su frente, y buscó á su alrededor un refugio donde esconderse.

Entonces se vió rodeado de espectros: la imagen de la muerta, repetida por las lunas de los espejos que cubrían las paredes, se multiplicaba para rodearlo, para envolverlo, cortándole el paso. Aquellas figuras negras daban vueltas en torno suyo, formando un torbellino de sombras;

sentía vacilar el pavimento bajo sus plantas, y veía abrirse el techo sobre su cabeza. Quiso cubrir sus ojos con las manos, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Se creyó suspendido y arrebatado por manos invisibles; brillaron á su alrededor relámpagos rojos; faltó aire á sus pulmones; le cegó luego una oscuridad profunda, y cayó desplomado.



X.

LOS AMIGOS.

WUILLERMO, el Coronel y el Barón no eran hombres excesivamente dedicados á prácticas devotas, pero se hacían cruces, sin saber á qué atenerse, respecto á la conducta que observaba el primo Guillén. Desde la noche del teatro, cuyas escenas quedan referidas, no se le veía por ninguna parte, ni en su misma casa, pues no recibía en ella ni á sus tres íntimos amigos.

Algo extraordinario debía ocurrirle que explicara la impenetrable reclusión á que se había sometido.

¿Estaba enfermo?... He ahí una pregunta, á la que el lacayo impasible que cerraba el paso á las visitas de los amigos, respondía moviendo la cabeza de modo que parecía decir sí y no al mismo tiempo.

No todos los criados de la casa eran tan dis-